

cer con muchos otros capítulos, y con muchas otras páginas de otras obras del mismo autor, como aquel pasaje de las páginas 163-165 de *Matinées du Hêtre Rouge*, que comienza:

*Comme à l'éveil miraculeux de cette nuit de Bethléem dont je revis au moment où je trace ces lignes la bienfaisante approche, l'humanité, n'a besoin de rien, si ce n'est d'une étoile, d'un message jeté par l'ange à travers le bleu qui s'assombrit, du premier vagissement d'un enfant qui naît à l'amour...*

Extracto algunas conclusiones del estudio de Sausy:

«...La segunda redacción refuerza la firmeza de la marcha de su héroe hacia la unidad». «Suprime todo lo que recordaba a Gide y a Valéry, porque ni Valéry ni Gide deben dejar huella en la figura de un Samson». «Mientras el folletín hablaba del fin de una raza, en la novela, al que se consideraba el último de los Samson, le nace un hijo». «La novela de Lefèvre es un acierto».

O, como dice Daniel Mornet: «No creo que, desde Mérimée acá, muchos novelistas hayan querido—y hayan podido—contar cosas extrañas con esa sobriedad desnuda, vigorosa, más eficaz que los mayores esmeros, y también más difícil».

Fuera de *Samson, fils de Samson*, a estas horas debe haber aparecido otra novela de Lefèvre: *Le Sol*, parte de cuyo original dactilografiado leí en París una tarde de Septiembre.—  
ALFONSO ESCUDERO.

## DESTINO DEL SIGLO

**N**UESTRO mundo no tiene más de quince años de edad». Así explican los escritores de Europa la contradicción y el duelo cada vez más hondo, entre las fuerzas nuevas que surgieron de la guerra y las viejas estructuras políticas o sociales que subsisten, a pesar de los sombríos vaticinios de Spengler. Un eslabón de la cadena ha saltado y el arte moderno busca desesperadamente al hombre moderno. La angustia del escritor consiste en adivinar o captar ese mundo y ese público que han nacido del fondo de una catástrofe. Para nosotros ese duelo es singularmente interesante, puesto que de uno u otro modo, la vorágine acabará por incorporarnos a sus espesas corrientes. Un libro de un escritor francés de amplia visión, Jean Richard Bloch, *Destin du Siècle*, nos da la medida de las vacilaciones y contradicciones del hombre moderno de Europa, vacilaciones y contradicciones que América no desconoce y que siente, con enérgica

presión, en los hombres de la generación nueva. No puede afirmarse que el paralelismo sea completo, pero hay órdenes de ideas y de sensaciones que acercan nuestra inquietud a la inquietud europea, de cuya cultura, al fin y al cabo, derivamos.

Un dibujo de Rafael que contiene el símbolo de Apolo y Marsyas, sirve a Bloch, para concretar el destino del hombre moderno. Apolo está de pie, desnudo y apoya una mano sobre la cadera y con la otra sostiene una lanza. Con la cabeza un poco inclinada, escucha con atención grave y reconcentrada, el canto de su rival. Entre los dos hombres se extiende un paisaje melancólico, apenas sugerido por algunas manchas grises y blancas: un árbol de invierno, desnudo también, un lago descolorido, un horizonte de colinas, Marsyas, sentado sobre un grueso tronco no se inquieta ni por el Dios ni por el lago. Tiene los hombros caídos, el cuello vigoroso y vulgar. Su cabeza de campesino, redonda y rapada, demuestra buena fe, lealtad concentración. No hay en él genio. El genio resplandece en el dios, cuya actitud oscila entre el desdén y la irritación. Marsyas, hombre leal, sin dobleces, arranca, inocentemente de su flauta los bellos sonidos, que despertando la envidia de Apolo le llevaron a la ruina y a la muerte. Marsyas no comprende que es preciso ser hombre maligno, ocultar el talento, lisonjear el secreto deseo del Maestro. Y entrega todo lo que sabe con graciosa espontaneidad. La buena fe le pierde. Más tarde se le cuelga del árbol y se le desuella vivo.

Bloch encuentra en Marsyas el destino de la generación que asistió a la guerra; drama que la cultura occidental sostuvo con las fuerzas oscuras que se abatieron sobre ella, arrancando de su misma entraña los gérmenes mortales. El hombre que nació en las postrimerías del siglo pasado o a comienzos del presente y atravesó la aurora del siglo actual encontró el límite de su destino en la tragedia de una guerra. Tarde comprendió que había sido el Marsyas de una civilización que buscó sus dones para servirse de ellos como de terribles instrumentos de destrucción. Al mirar en derredor vió que los amos del mundo habían aprovechado su labor formidable en contra de ellos mismos. Las llanuras y los bosques, estaban llenos de fragmentos de acero, de máquinas y motores que ellos habían construído, de cadáveres, de muñones de esperanzas. Colgado del árbol, estremecido de dolor, comprende que ni su lealtad, ni su buena fe, ni su conciencia profesional, han servido para enaltecer la vida. Bloch, pone en labios de Marsyas agonizante, símbolo de la juventud descepcionada, estas palabras de cruel pesimismo; y que resumen el pensamiento del hombre moderno:

Realizad lo menos posible. El mundo entero no es más que un gigantesco negocio. Quien intente seguir lealmente su destino, no sólo perderá su cuerpo sino también el espíritu. El deber se ha vuelto una asechanza, la conciencia una trampa. No creáis en nadie. Todos mienten. Hoy, todo se cataloga y se vende. La estimación, el honor y el amor propio no son más que los agujones que nos obligan a caminar en beneficio de los intereses de una firma, de un cartel, de un partido.

El rol de la generación presente, según Bloch, es rehabilitar a Marysas, es decir, establecer de nuevo el reinado de la buena fe, de la lealtad, de la conciencia profesional. Porque el drama de hoy es el drama del hombre joven encadenado al materialismo. En todas las etapas de la civilización la humanidad ha concebido ilusiones, ha apoyado su desesperación en una fe. La época actual, en cambio, parece entrar en la disolución. ¿Cuál es la característica de nuestra época? La rapidez con que sobre el mundo se extienden la desconfianza, la ironía, el satanismo. También el odio. Gorky lo dice:

la vida está organizada hoy con una habilidad tan diabólica que si no se sabe aborrecer tampoco se sabe amar con sinceridad.

En este desdoblamiento de la naturaleza humana que hace que el amor subsista a través del odio, Gorky fija el drama de la civilización, y de su destrucción futura. Por su parte, Bloch hace arrancar la decepción de la generación nueva, de la guerra, que es el resumen de todas las bufonerías posteriores. La guerra mostró la parte animal del hombre. Destruyó sin crear nada. Por el contrario, sacrificó la honestidad cívica, el honor del trabajo, la conciencia profesional, que eran los cimientos de la humanidad hasta hace poco. Una sola cosa, en cambio, sobrenadó y envolvió el mundo: el goce, es decir, el apetito. El triunfo del apetito es una de las frases nuevas. Porque es preciso no olvidar que mientras, víctimas de una excitación artificial, los hombres de la generación joven se mataban en las trincheras, detras de ellas el mundo se divertía. Esta contradicción bufonesca y espantosa no podía pasar sin el condigno castigo. En Rusia fué el arranzamiento de una cultura en descomposición. En otros países la caída de regímenes que parecían de origen divino. La resaca no ha terminado aún y justamente en este fenómeno descansa la inquietud de Europa y del mundo.

Pero en suma, ¿qué hicieron las masas famélicas que regresaban del frente, agobiadas y mordidas por el pesimismo? Simplemente, tomar posiciones en las extremas del cuadro social. Marsyas había sido desollado vivo. Los herederos de Marsyas.

entraban de nuevo, en las ciudades, llenos los oídos con las palabras de los moribundos:

El mundo no es más que un negocio gigantesco. Todos mienten.

En realidad el centro de la estructura social y política europea, había sido roto por la guerra. No más piedad ni jerarquías. De la conmoción gigantesca del ensayo ruso, la juventud occidental, no tomó sino la parte cínica, la parte puramente exterior: el mecanismo sexual, el desprecio por el individuo. La voz de orden era combatir por todos los medios, las virtudes de la generación anterior que habían hecho crisis: la veneración de la cultura, de la inteligencia, de la sensibilidad, del desinterés. Olvido de Marsyas. Destrucción de toda jerarquía de orden intelectual. Todos los hombres son iguales. No interesa ya trabajar con la materia cerebral, sino destruir y construir en un orden exclusivamente material. Desprecio por lo tanto del liberalismo, que era la base de la cultura política de la generación anterior.

Una generación tan ferozmente positiva como la que creó la guerra, pasó insensiblemente y sin protesta a las dictaduras de todo orden. No le interesaban sino el goce, el bienestar material inmediato. Desde luego, había surgido otra conciencia, la del proletariado, como fuerza, como número y partido. Antes de la guerra, se denominaba «pueblo». Después de la guerra «proletariado». En el cambio, renunció a su forma exterior dolorida. Y por lo mismo que se sentía fuerza, que había perdido la fe en los ideales que la llevaron a la guerra, y había adivinado el mecanismo del negocio, repudió por igual la caridad burguesa y el amor de los intelectuales. El hombre moderno, este hombre sensual y materialista del siglo XX no se conmueve por ninguno de los mitos que según él creó la dinámica política: filantropía capitalista, sentimentalidad socialista, mística revolucionaria. Para él la conmoción social no tiene ya el aspecto de un sueño mesiánico, sino de una simple y escueta realidad. Y bruscamente se encuentra abocado ante las dos fuerzas reales que son las fuerzas del mundo moderno: Capital y anti-Capital.

Con ser Bloch un escritor de vanguardia no toma partido. Recorre el drama político y social de Europa fiel a su divisa intelectual: concebir bien, suprema función del espíritu. Por lo tanto, su serie de ensayos están trazados con esplendorosa claridad. Es preciso rehabilitar a Marsyas, el símbolo de la lealtad, de la buena fe, de la conciencia profesional. Así el hombre moderno evitará sucumbir bajo el peso de las contradicciones y de los peligros mortales que acumulan en este momento, el delirio industrial, los furores nacionalistas, la anarquía moral y

sobre todo evitar que la sociedad humana se rompa en dos porciones enemigas, detrás de la cual se asomaría su máscara enigmática el Asia y los prolongamientos africanos de inmediata crueldad. Bloch, sugiere el equilibrio de las dos fuerzas. Europa dirá.— D O M I N G O M E L F I .

## LA MEDIDA DEL VALOR Y LA TÉCNICA FINANCIERA

**E**L problema fundamental de la economía es el de descubrir la fórmula que permita medir el valor exacto de los bienes, del trabajo y del capital, de manera de asegurar a cada individuo todo el producto del *esfuerzo útil* desarrollado en provecho de la sociedad económica mundial. En otras palabras, precisa que cada individuo pueda gozar de un bienestar equivalente al que con su esfuerzo productivo es capaz de procurar a sus semejantes.

Según las ideas más en boga (y que por esta sencilla razón son sospechosas desde el punto de vista científico), el valor es medido por el trabajo; solamente que la organización actual de la sociedad permite que los trabajadores vengán despojados del producto de su trabajo. No queremos *ahora* entrar directamente en polémica con estas concepciones: preferimos exponer en la forma más sencilla posible unas ideas nuevas, que nos parecen más acertadas y que empiezan a asomarse a la conciencia de la humanidad.

No creemos necesario impugnar las ideas liberales, según las cuales el valor es fijado por la ley de la oferta y la demanda, puesto que es precisamente sus fluctuaciones que se trata de explicar y controlar.

Por lo que se refiere a las doctrinas que sostienen que el trabajo constituye la medida del valor, nos limitamos a rechazar dicha afirmación diciendo que el problema económico consiste precisamente en hacer del trabajo la medida del valor, puesto que ahora no lo es.

Para comprender el mecanismo por el cual se fijan y fluctúan los valores y los precios, que del valor son la manifestación concreta, supongamos por un momento que la sociedad económica mundial esté representada por once individuos, cada uno de los cuales esté encargado de la producción de cada una de las ramas productivas indispensables para procurar a la sociedad económica su sustento y su bienestar.